

es Padre. Hacía muchos años que la escritora había abandonado al Dios de los católicos. La duda frecuentaba su mente desde el día de su primera comunión.

Paula, su enfermedad y su muerte constituyen la vinculación de Isabel con lo divino, con el mundo de lo sobrenatural. Paula era creyente. Antes de enfermar había participado como voluntaria ayudando a niños sin recursos. No es fácil encontrar a Dios allí. Su fe se tambaleaba también a veces: «Ando buscando a Dios y se me escapa, mamá». Isabel advierte a su hija que el motivo de preocupación ahora es su enfermedad, y trata de alentarla manteniendo esa esperanza que la caracteriza a lo largo de su vida. Entre los pasillos del hospital y la habitación de Paula rememora su pasado y se queda con las notas más esenciales que han configurado su vida. «...y al final sólo queda el trayecto del alma, esos escasos momentos de revelación del espíritu»... «No hubo cálculo, sólo buenos propósitos y la vaga sospecha de que existe un diseño superior que determina mis pasos».

Describe su infancia como «existencia de sacrificio y esfuerzo», donde únicamente algunos domingos y las vacaciones del verano alteraban su cotidianidad. Recuerda con la mayor tolerancia la constante preocupación religiosa de su hermano, sus crisis espirituales y la continua búsqueda de Dios como respuesta a los problemas de la humanidad. Isabel cuando se dirige a Paula, le habla de Dios como punto de encuentro entre la vida y la muerte, o un estado de unión con lo Absoluto. «¿Quieres vivir, Paula? Pasaste la vida tratando de reunirte con Dios. ¿Quieres morir?»

Si el Dios de su hija era el Dios personal de los católicos, su Dios se funde en la naturaleza, en forma de ENERGÍA cósmica y misteriosa que actúa en el universo. No se trata de ver a Dios en su bondad y misericordia a través de Jesucristo, sino de sentir la salvación en la quietud y la calma de la naturaleza. Recordemos cómo uno de los referentes de la Nueva Era se centra en una concepción panteísta de la naturaleza: «... la naturaleza se estima un Dios o se cree poblada de Dioses, y la tierra, personalizada como Gaia, ..., se considera un ser vivo y digno de adoración»⁵. Precisamente Isabel Allende recuerda Chile con esa misma visión. Identifica su país con el placer de sentirse inmersa en su paisaje en una especie de fusión mística: «Ahora y en otros tiempos desesperados, cuando intento recordar oraciones y no encuentro palabras ni ritos, la única visión de consuelo a que puedo recurrir son esos senderos diáfanos por la selva fría, entre helechos

⁵ Francisco Díez de Velasco, *Introducción a la Historia de las Religiones*, Ed. Trotta 10 Paradigmas. Biblioteca de Ciencias de las Religiones, 2002, Madrid, 3ª edición, p. 556.

gigantescos y troncos que se elevan hacia el cielo, los abruptos pasos de las montañas y el perfil fluido de los volcanes nevados reflejándose en el agua color esmeralda de los lagos. Estar en Dios debe ser como estar en una extraordinaria naturaleza».

En otro momento, cuando la obsesión por la idea de la muerte de su hija azuza la desesperación, Isabel declara explícitamente cómo es la divinidad a la que ella acude para sobrellevar el peso de la incertidumbre. Mira a Paula y le dice: «Tu abuela ruega por ti a su dios cristiano y yo lo hago a veces a una diosa pagana». Se interesa por el mundo de los sueños. Intenta descifrarlos y se sumerge en ellos para comprender mejor aquellas cosas cotidianas pero a la vez complejas, como el amor, al que describe como una especie de karma. El recurso a la espiritualidad oriental es otro de los elementos propios de esta nueva forma de religiosidad. Isabel pide ayuda a los espíritus de sus abuelos para que todo vaya mejor, y regala a Paula aquello que aún le queda: energía. «Pongo mis manos sobre tu cabeza y tu pecho y trato de transmitirte salud y energía; te visualizo dentro de una pirámide de cristal, aislada del mal en un espacio mágico donde puedes sanar».

En una de las crisis más graves que sufre Paula, cuando todos creían que había muerto, Isabel y su madre se niegan a aceptar esa muerte y continúan luchando para que ésta no se produzca. En ésta y otras ocasiones el recurso es la invocación de los espíritus. Con gran firmeza le cuenta a Paula todo lo que hicieron en esa infatigable tarea de lucha contra la muerte: «...y sin una lágrima te ofrecimos la reserva completa de nuestro vigor, toda la salud y fortaleza de nuestros más recónditos genes de navegantes vascos y de indómitos indios americanos, y en silencio invocamos a los dioses conocidos y por conocer y a los espíritus benéficos de nuestros antepasados y a las fuerzas más formidables de la vida, para que corrieran a tu rescate». Como una especie de chamán visionario intenta resolver y justificar el misterio de la fugacidad del tiempo. «Trato de no pensar en el mañana; el futuro no existe, dicen los indios del altiplano, sólo contamos con el pasado para extraer experiencia y conocimiento, y el presente, que es apenas un chispazo, puesto que el mismo instante se convierte en ayer».

El respeto por las distintas creencias es otro valor que orienta su larga espera casi obsesiva por recuperar la salud de su hija. Lo mismo admite las prácticas esotéricas de brujos para «cargar las baterías «del cuerpo de Paula, como las oraciones de las monjas entre incienso y campanas tibetanas. Ha conseguido un brote de alegría en la sala y eso la reconforta.

Está cansada de ver que su hija no responde ante ningún tratamiento suministrado en el hospital madrileño. Piensa que aquél forma parte de una

especie de tortura inhumana acentuada por el escaso interés que en dicho hospital se han tomado los especialistas. Le ronda la idea de trasladarse a California e instalar allí a Paula. No es extraño que una madre intente por todos los medios salvar a su hija, pero en el caso de Isabel, es curioso el matiz que añade a su decisión: lo hará ella sola. Será suya exclusivamente la responsabilidad. Asume que va a morir pero sigue intentando su salvación. En California buscará otras alternativas a la medicina tradicional: «Las dos juntas y solas, como el día de su nacimiento. Sentí una oleada de fuerza que me sacudió el cuerpo como un corrientazo y comprendí que las vicisitudes de mi largo camino fueron una feroz preparación para esta prueba».

Llama la atención que identifique esta situación con el día de su nacimiento. ¿Acaso requiere tanta intimidad la muerte como el nacimiento? Es natural que una madre prepare el nacimiento de sus hijos, pero en el transcurrir de la vida biológica las madres no tendrían que estar predispuestas a ver morir a sus hijos, sino al revés. En el caso de Paula se alteran las leyes de la naturaleza. Es Isabel quien decide también las condiciones que van a hacer que su hija tenga una muerte lo menos agresiva posible. «La carrera apresurada de la existencia ha terminado para mí, he entrado en el ritmo de Paula, el ritmo está quieto en los relojes». A raíz de esta decisión, parece que se ha detenido el paso del tiempo, del tiempo de reloj que nos sirve para deambular en la vida cotidiana. Podría desesperarse y huir ante la desgracia, pero mantiene el instante, lo hace suyo, se apropia de él. No existe ni principio ni fin. En una especie de endiosamiento, toma las riendas del devenir humano. Desea volver a ese momento en que ambas estaban unidas por el cordón umbilical. Si entonces la experiencia era física y la distancia entre las dos corta, ahora no existen medidas para el espacio y el tiempo. Ambos se difuminan en el cosmos, no tienen entidad propia, y esto es muy característico de la *New Age*.

Desde el mismo momento en que le prepara un ambiente agradable en su casa de California, ella misma siente a su vez los propios latidos del corazón de Paula. Isabel está tan unida a su hija, que se prepara también para ese momento de unión cósmica. Cuando acontece la muerte de Paula, la tarea de los vivos se convierte en un ceremonial como si de dioses se tratara. Las cuatro últimas páginas, trágicas por el desenlace fatal, se convierten en páginas de terciopelo: «Una lucidez gloriosa me permitió vivir esas horas a plenitud, con la intuición despejada y los cinco sentidos y otros cuya existencia desconocía alertas».

De nuevo el bosque constituye el escenario natural de unión mística con lo Absoluto. Isabel acompaña a Paula en ese caminar donde fluye la con-

tradición y desaparece la identidad. Son momentos de ensueño y armonía: «Soy el vacío, soy todo lo que existe, estoy en cada hoja del bosque, en cada gota de rocío, en cada partícula de ceniza que el agua arrastra, soy Paula y también soy yo misma».

3. ¿Literatura feminista o sensibilidad femenina?

Como si de un cuento de hadas se tratase, Paula se convierte en la princesa enferma que ha de sanar con algún remedio traído desde el otro lado del mundo. Si en las lecturas de nuestra infancia era la figura masculina o paterna quien tomaba las decisiones y mandaba llamar a todos los curanderos, en nuestra novela se invierten los papeles, cambiamos de género, es la figura materna quien realiza la solicitud: un acupuntor japonés, un curandero que vende colchones magnéticos para la energía, un hipnotista, una santa de la India, un apache, un astrólogo, etc.

La condición femenina desempeña en esta obra un papel fundamental, tal vez como en la mayoría de sus novelas. Su abuela con sus poderes, su madre, ahora ella y su hija. Mientras dormía una noche en el hotel, Isabel tuvo un sueño extraño. Aparecía Paula con doce años y su abuela anunciaba su muerte. Tal vez fuera un presagio pero, más tarde su madre interpretó el sueño a través de una visión pesimista de lo que consideraba ser mujer. «Tú eres todos los personajes del sueño. Eres la niña de doce años que todavía puede volar libremente. A esa edad se te acabó la inocencia, se murió la niña que tú eras, ingeriste la poción de la muerte que todas las mujeres bebemos tarde o temprano. ¿Has notado que en la pubertad se nos acaba la energía de Amazonas que traemos desde la cuna y nos convertimos en seres castrados y llenos de dudas? (...) La condición femenina es una desgracia, hija, es como tener piedras atadas a los tobillos, no se puede volar».

Hay quien desde América Latina ha realizado una lectura feminista de la obra de Isabel Allende que, si bien no es totalmente incierta, sí resulta artificial y no menos radical. Si llamamos feminismo al protagonismo de la figura femenina, es cierto que este dato se cumple, y si además es ésta quien maneja los hilos del paso de la vida, motivada por una mayor capacidad de previsión de los acontecimientos, también estaríamos de acuerdo. La cuestión se hace más compleja si superamos el nivel de la división sexual y llegamos al nivel de aquella forma de sensibilidad que sólo pertenece a unas cuantas personas. Si bien podemos identificar lo emocional o sensitivo con lo femenino, no podemos inferir de ahí que todas las mujeres

posean dicha capacidad. No existe por tanto una lucha entre sexos, sino diferentes niveles de sensibilidad que, en el caso de nuestra obra, ha correspondido a las mujeres que aparecen en la novela. El grado y la capacidad más sutil de sensibilidad no pertenecen exclusivamente a las mujeres. Existe lo femenino y existe lo masculino, pero no hay nadie quien, como persona, encarne una u otra condición en términos absolutos. Acaso el *Quijote*, *La vida es sueño*, *El árbol de la ciencia*, *Rayuela* o *Paradiso* ¿no son obras de exquisita sensibilidad y gran capacidad de percepción y sin embargo están escritas por hombres? La sensibilidad y el genio no están reñidos con el sexo.

Bibliografía

- ALLENDE, I.: *Paula*, Plaza & Janés Editores, Barcelona, 2002, 3ª edición, Madrid.
- BELLINI, G.: *Nueva historia de la literatura hispanoamericana*, Ed. Castalia, Madrid, 1997.
- BOERO, M.: «Fundamentalismo Islámico y New Age occidental» en *Revista Estudios* nº 195, 1996, p. 111-135.
- CABRIA, J. L. y SÁNCHEZ-GEY, J.: *Dios en el pensamiento hispano del siglo XX*, Ediciones Sígueme, Salamanca, 2002, Colección El peso de los días.
- DELUMEAU, J.: *El Hecho religioso. Enciclopedia de las grandes religiones*, Alianza Editorial, 1995, Madrid.
- FERGUSON, M.: *La conspiración de Acuario*, Biblioteca Fundamental Año Cero, Madrid, 1994.
- GUERRA, M.: *Sapientia Fidei. Serie de Manuales de Teología. Historia de las religiones*, Biblioteca de Autores Cristianos, 1999, Madrid.
- MARDONES, J. M.: *Síntomas de un retorno. La religión en el pensamiento actual*, Sal Terrae, Santander, 1999. Col. « Presencia Social» 22.
- MARZAL, M.: *Tierra encantada. Tratado de antropología religiosa en América Latina*, Ed. Trotta. Pontificia Universidad católica del Perú, Madrid, 2002.
- VATTINO, J.: *Filosofía, política, religión. Más allá del pensamiento débil*, Ediciones Nobel, Oviedo, 1996.
- VÁZQUEZ, J. L.: *Las religiones tradicionales*, Ed. S. Pablo, 2002, Madrid.
- VEGAS, J. M.: *El desafío de la «Nueva Era»*, Signos, 1994, Madrid.